

VALENTÍN ROMA

“EL ARTE COMO LUGAR DE LLEGADA, COMO PALABRO O COMO ESLOGAN BUROCRÁTICO SOLO INTERESA A LOS SERMONEADORES”

Valentín Roma (Ripollet, 1970) profesor de estética y comisario de exposiciones, disecciona el arte contemporáneo utilizando el rostro como elemento de partida. Un ensayo bastardo que retoza sin prejuicio alguno con la narrativa, la historia, la crítica e incluso con el gossip artístico.

Por Mònica Escudero

Extraño ejercicio el de convertir las imágenes en palabras cuando, según el dicho, una de las primeras vale más que mil de las segundas...

Es cierto, hay muchísimas frases del lenguaje popular que inciden en esa jerarquía de la vista por encima de otros sentidos e, incluso, de cualquier discurso. Sin embargo, según mi punto de vista, la razón de ser de las imágenes no es tanto registrar el mundo sino simplemente hablarnos.

Ensayo + teoría del arte + ficción + cotilleo de alto nivel cultural = Rostros. ¿Estás de acuerdo?

Sí, sobre todo con lo de cotilleo de alto nivel cultural. Una vez leí un artículo de no sé quien que se preguntaba sobre las cosas que recordaremos un momento antes de morir. Decía el autor que en ese último instante seguramente nos importará un bledo la ideología, el Museo del Prado, la guerra de las Malvinas y todo Shakespeare, pues solo habrá un pequeño espacio para echar de menos el sabor de un *croissant* recién hecho, el sa-

bor del café recién hecho y esas llamadas matutinas, antes de empezar a trabajar, cuando uno agarra el teléfono y utiliza una hora de su tiempo para cotillear.

¿Por qué escogiste el rostro como hilo conductor del libro?

El rostro se me apareció como el lugar de partida y de llegada de cualquier discurso, una entidad estética pero sobre todo un espacio simbólico, político y moral. Nos comunicamos a través del rostro, nos escondemos detrás del rostro, llevamos nuestro propio rostro sin creerlo del todo y miramos el arte y a veces la historia a través de una colección de rostros que, a su vez, nos observan. Digamos que pretendía "rescatar" todos los relatos que el rostro empuja y que, al mismo tiempo, trata de ocultar.

¿Qué criterios seguiste para seleccionar las imágenes y personajes que forman parte de Rostros?

Puede sonar un poco petulante, pero escribí el libro sin tener un plan demasiado organizado. Delante de mi mesa de trabajo tenía cientos de imágenes

que iba mirando por el puro placer óptico, fotografías de personajes y de obras de arte que había coleccionado durante años. Una imagen, cuando es importante, se convierte rápidamente en un reto y todo el libro atiende a esa especie de apremio. Fui respondiendo a la intensidad de las imágenes con una intensidad de palabras, de ese modo se construyó el texto entero.

Imaginate que puedes comisariar la exposición que siempre has soñado. No hay limitaciones de presupuesto, ni de espacio, e incluso los coleccionistas privados y el Vaticano nos ceden amablemente sus obras. ¿Qué nos encontraríamos?

¡Siempre he fantaseado con que me hicieran esta pregunta! Serían innegociables *Solo Scenes* de Dieter Roth, algún grabado de Louis-Léopold Boilly, el autorretrato estupefacto de Pietro Bellotti, *La caída de Ícaro* de Pieter Brueghel el viejo, todo Mark Tansey y *Las Lamentaciones* de Pedro G. Romero. En un segundo nivel no podría faltar *German Indians*

de Robbins & Becher, ciertos dibujos de Dalí, todo Valie Export, un *collage* de Anna Oppermann y el *San Jerónimo* de Ribera. En la última sala pondría, frente a frente, las pinturas de Valdés Leal para la iglesia del Hospital de la Caridad de Sevilla y *Cowboy with Cigarette* de Hans Haacke.

Te mueres, vas al bar donde vamos cuando nos morimos –por buscar un lugar común no religioso– y te encuentras a Pasolini, a Marcel Duchamp y a El Greco. ¿Qué les dirías?

A El Greco le dejaría mis gafas, por su miopía aguda. A Duchamp le preguntaría qué pensó cuando Allen Ginsberg se lanzó a sus pies con un volumen de los sonetos de John Donne en el bolsillo, como quien ha visto a una virgen. A Pasolini le diría que, efectivamente, todos estamos en peligro y le retaría a una carrera en coche hasta el Castillo de Montjuïc: si gano yo aparezco como el endemoniado en una versión delirante de *El evangelio según San Mateo*; si gana él ya me contará qué trofeo prefiere.

¿Qué rostros relacionarías con Barcelona y por qué?

Hace años te habría respondido que los rostros de las prostitutas del Barrio Chino, pues era lo que más me impresionaba cuando mi padre me traía desde Ripollet, de pequeño, a subirme en las Golondrinas y recorrer el puerto. Ahora los rostros son los de los amigos, la cara perpleja de mis alumnos, la faz de Carlota y el semblante de La Moños en el Museo de los Automatas, tratando de robarme la inocencia con los ojos.

Para terminar, la pregunta del millón: ¿qué es el arte?

Es una de las esquinas de la hipocresía, el lugar donde se agolpan ciertos nihilismos de mesa camilla, el sitio del cual quieren irse los artistas. El arte como lugar de llegada, como palabro o como eslogan burocrático solo interesa a los sermoneadores y a quienes guardan en el armario seis o siete cadáveres; el arte que modifica unos cuantos consensos sin dejar de ser indetectable sigue ahí, dando guerra.



Roberto Caner



+ Rostros está publicado en Periférica. Precio de venta recomendado: 18,5€. www.editorialperiferica.com www.valentinroma.org

.....

La **CIUDAD** es **NUESTRA**.
La **BOLSA** puede ser **TUYA**.

.....

Hazte con ella en www.barcelones.com

